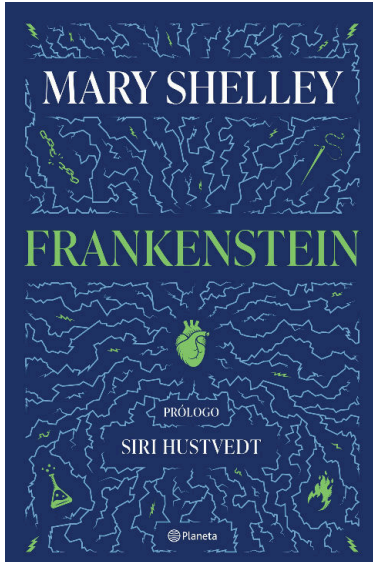


PARA ENTENDER: Frankenstein (Mary Shelley)



Para que podáis avanzar con seguridad por las páginas de *Frankenstein*, os voy a decir algunas cosas que os servirán de guía en los oscuros laboratorios y en las gélidas cumbres de los Alpes. Esta historia nos cuenta lo que sucedió cuando un joven estudiante decidió desafiar las leyes de la naturaleza y jugar a ser un pequeño dios. El libro se titula originalmente *Frankenstein o el moderno Prometeo*. ¿Sabéis por qué? Porque, al igual que el antiguo titán Prometeo robó el fuego a los dioses, nuestro protagonista robó el secreto de la chispa de la vida.

Dicen que esta historia la escribió una joven inglesa llamada Mary Shelley en el año 1816, ¡hace ya más de dos siglos!. Pero voy a empezar por el comienzo: ¿por qué se desató esta tragedia? Todo empezó por culpa de una obsesión. Víctor Frankenstein, un joven nacido en Ginebra, se marchó a la universidad de Ingolstadt con un deseo ardiente: descubrir el origen de la vida y vencer a la muerte.

Como durante mucho tiempo trabajó en soledad, rodeado de viejos libros y piezas de cadáveres, acabó olvidando la prudencia. Él fue quien tuvo que elegir cada parte del cuerpo del ser que estaba construyendo. Eligió miembros grandes y rasgos que creía hermosos, esperando crear una obra perfecta. Pero cuando la chispa eléctrica animó aquel cuerpo, Víctor no vio una maravilla, sino un ser de ojos amarillentos y piel translúcida que le causó horror. Por ello, el joven científico huyó de su propio laboratorio, abandonando a su suerte a la criatura que acababa de nacer.



Frankenstein es quien vaga por el mundo buscando atención, amor e identidad. ¿Sabías que comúnmente se cree que el monstruo es quien lleva el nombre de Frankenstein? ¡Esto no es así! La criatura no posee nombre dentro de la historia y esto tiene que ver directamente con la falta de humanidad que se le atribuye desde su creación.

PEQUEÑA GUÍA PARA ANDAR EN TRINEO

LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA Y EL DESTINO



Como veréis, la naturaleza interviene mucho en esta historia, casi como si fuera un personaje más, y por ello os voy a decir quiénes influyen en este drama. Ya sabéis que la lucha es de Víctor Frankenstein contra el remordimiento y contra el ser que él mismo creó.

El destino parece actuar a través de los elementos. Zeus lanzaba rayos en la *Iliada*, y aquí la electricidad es la que trae la vida. Hay dos escenarios principales que sirven de guía. Uno es la tormenta, que aparece siempre que el horror acecha. El otro es el hielo eterno del Ártico y de los glaciares, donde el frío parece intentar congelar el odio de los protagonistas.

A favor de Víctor Frankenstein tenemos a tres personas queridas. Su mejor amigo, Henry Clerval, es quien cuida de su salud cuando Víctor cae enfermo por la culpa. Su amada Elizabeth es la luz que intenta traerlo de vuelta a una vida normal. Y su padre, el anciano Alphonse, que solo desea la paz para su hijo.

¡Mal lo tiene la Criatura! ¿Qué apoyos tiene ella?. Como bien imagináis, la soledad es su única maestra. Al principio, intenta ser buena y ayuda en secreto a una familia de campesinos, los De Lacey, pero cuando ellos la rechazan por su aspecto, la Criatura jura odio eterno a su creador. A partir de entonces, el dolor se convierte en su única guía.

LOS PERSONAJES PRINCIPALES



Voy ahora a nombraros a los protagonistas más destacados de este relato. Los "caudillos" de esta historia son el creador y su creación.

Víctor Frankenstein: Es el joven científico que, por ambición, desata una cadena de desgracias que no puede detener.

La Criatura: Es el ser más fuerte y, a la vez, el más desdichado. Aunque muchos lo llaman "el monstruo", en realidad es un ser que nació con el corazón puro pero que se volvió malvado porque nadie le dio amor.

Henry Clerval: El mejor amigo de Víctor, valiente y generoso, que representa todo lo bueno que Víctor está a punto de perder.

Robert Walton: Es un capitán que viaja en barco hacia el Polo Norte. Él es quien rescata a un Víctor Frankenstein moribundo del hielo y escribe las cartas que nos cuentan toda esta historia.

Elizabeth Lavenza: La prometida de Víctor, una mujer noble y dulce que sufre por el secreto que atormenta a su amado.

El pequeño William: Es el hermano menor de Víctor. Su trágica muerte es el primer golpe que la Criatura asesta contra su creador para vengarse.

Justine Moritz: Una joven bondadosa que vive con la familia Frankenstein. Ella será víctima de una injusticia terrible, pues la culparán de un crimen que no cometió.

FRANKENSTEIN

Luchaba Víctor Frankenstein contra sus propios fantasmas mientras recorría los glaciares de los Alpes en una absurda huida. Habían muerto personas inocentes de su familia, e iban a morir todavía muchas más. Esta es la terrible historia que nos contó Mary Shelley en *Frankenstein*.

Capítulo 5

En una horrible noche de noviembre concluí mi labor. Con una ansiedad que casi lindaba en la agonía reuní a mi alrededor los instrumentos de la vida para poder infundir el soplo de la existencia en la cosa inanimada que yacía a mis pies. Era casi la una de la madrugada; la lluvia golpeaba lúgubrementemente contra los vidrios y mi vela casi se había consumido cuando, al resplandor de la luz casi extinguida vi que se abría el opaco ojo amarillento de la criatura; respiró con esfuerzo y un movimiento convulsivo agitó sus miembros. ¿Cómo puedo describir mis emociones ante esta catástrofe, o cómo bosquejar el monstruo que con tan infinito afán y cuidado había intentado formar? Sus miembros eran proporcionados, y había escogido rasgos bellos. ¡Bellos! ¡Dios mío! Su piel amarillenta apenas cubría el juego de músculos y arterias debajo de ella; el cabello, de un lustroso tinte negro, caía libremente; los dientes tenían la blancura de las perlas; pero estos rasgos exuberantes sólo formaban un contraste tanto más horroroso con sus ojos acuosos que parecían casi del mismo color que las sombrías órbitas blancas en las cuales encajaban, con su tez marchita y sus labios rectos y negros.

Los diferentes accidentes de la vida no son tan inconstantes como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado mucho durante casi dos años, con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para lograr esta meta me había privado de descanso y salud. La había deseado con un ardor que excedía de lejos la moderación; pero ahora que mi labor estaba concluida, se desvaneció el sueño de belleza, e inenarrable horror y disgusto me llenaban el corazón. Incapaz de soportar el

aspecto del ser que había creado, me precipité fuera de la habitación y continué durante mucho tiempo paseando en mi dormitorio, incapaz de calmar la mente y conciliar el sueño. Finalmente una cierta laxitud siguió al tumulto interior; y me arrojé vestido sobre la cama, tratando de buscar unos pocos momentos de olvido. Pero era en vano: en realidad, me dormí, pero me perseguían los sueños más salvajes. Creía ver a Elizabeth, en la flor de la salud, caminando por las calles de Ingolstadt. Deleitado y sorprendido, la abracé; pero cuando estampé el primer beso en sus labios, se tornaron lívidos con la exhalación de la muerte; sus rasgos parecían cambiar y creí tener en los brazos el cuerpo muerto de mi madre; un paño cubría sus formas y vi los gusanos de los sepulcros deslizarse entre los pliegues de la franela. Desperté sobresaltado y embargado de horror; un sudor frío me cubría la frente, mis dientes castañeteaban y los miembros se movían convulsivamente cuando, a la débil y amarillenta luz de la luna que se abría paso entre las persianas de la ventana distinguí al ser vil: al monstruo miserable que había creado. Levantó la cortina de la cama; y sus ojos, si ojos pueden llamarse, estaban fijos en mí. Movié las mandíbulas y musitó algunos sonidos inarticulados mientras una sonrisa le arrugaba las mejillas. Pudo haber hablado, pero no escuché; una mano estaba extendida, aparentemente para detenerme, pero escapé y corrí escaleras abajo. Me refugié en el patio que pertenecía a la casa en que vivía; allí permanecí durante el resto de la noche, caminando de un lado a otro en medio de la mayor agitación, escuchando atentamente, persiguiendo y temiendo cada sonido como si fuera a anunciarme la cercanía del cuerpo demoníaco a quien tan miserablemente había dado vida.

¡Oh! ¡Ningún mortal podía soportar el horror de aquel semblante! Una momia revivida no podía ser tan espantosa como aquel monstruo. Lo había mirado cuando aún no estaba concluido; era feo entonces; pero cuando esos músculos y esas articulaciones adquirieron el don del movimiento, se convirtió en cosa que ni siquiera Dante hubiera podido concebir.

Pasé una noche miserable. Por momentos el pulso me latía tan apresurada, y fuertemente que sentía palpar todas las arterias; en otros momentos estaba a punto de desplomarme debido a la angustia y la extrema debilidad. Mezclado con este horror, sentí la amargura de la desilusión; los sueños que habían sido mi alimento y reposo durante tanto tiempo estaban convirtiéndose en un infierno; ¡y el cambio era tan veloz, la transformación tan completa!

Finalmente llegó la mañana, miserable y húmeda, y descubrí a mis ojos insomnes y dolientes la iglesia de Ingolstadt, su blanco campanario y el reloj que marcaba las seis de la madrugada. El portero abrió los portones del patio que durante aquella noche había sido mi asilo y salí a las calles, recorriéndolas con pasos rápidos, como si tratara de evitar al monstruo a quien temía encontrar cada vez que doblaba una esquina. No me atrevía a regresar al departamento que habitaba, y más bien me sentía impulsado a seguir caminando, aunque me empapaba la lluvia que caía de un cielo gris y sin consuelo.

Continué caminando de ese modo durante algún tiempo, intentando mediante el ejercicio físico atenuar la carga que pesaba sobre mi mente. Atravesaba las calles, sin tener clara conciencia de dónde estaba o de lo que hacía. Me latía el corazón con el padecimiento del miedo; y avanzaba corriendo con pasos irregulares, sin atreverme a mirar a mi alrededor:

*Como alguien que, en camino solitario,
Camina con miedo y horror;
Y, habiéndose vuelto una vez, sigue su rumbo,
Sin volver una vez la cabeza;
Porque sabe que un terrible demonio
Le sigue los pasos de cerca.*

Seguí avanzando de ese modo, y me encontré finalmente frente a la posada ante la cual se detenían habitualmente diversas diligencias y carruajes. Aquí me detuve, sin saber por qué; pero permanecí durante algunos minutos con la vista fija en un carruaje que se dirigía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Cuando se acercó, observé que se trataba de la diligencia suiza: se detuvo justo a mi lado y, al abrirse la puerta, vi a Henry Clerval, quien descendió inmediatamente al reconocermelo. «¡Mi querido Frankenstein! —exclamó—, ¡qué contento estoy de verte! ¡Qué afortunada coincidencia que estuvieras aquí en el preciso momento de mi llegada!»

Nada pudo igualar mi goce de ver a Clerval; su presencia devolvió a mi mente la imagen de mi padre, de Elizabeth y de todas aquellas escenas de mi casa, tan caras a la memoria. Me apoderé de sus manos y en un momento olvidé mi horror y mala suerte; por primera vez en muchos meses sentí súbitamente calma y serena alegría. Por lo mismo, di a mi amigo la más cordial de las bienvenidas y nos encaminamos hacia mi colegio. Clerval continuó hablando durante unos momentos de nuestros mutuos amigos y de su propia buena fortuna que le deparó el permiso de venir a Ingolstadt. «Puedes creerme sin vacilar —dijo—, cuán grande fue la dificultad de persuadir a mi padre de que todo el conocimiento necesario no estaba comprendido en el noble arte de la teneduría de libros; y, ciertamente, creo que siguió incrédulo hasta el final, pues su respuesta constante a mis ruegos incansables era la misma que ofreció el viejo maestro holandés en el Vicario de Wakefield: Tengo diez mil florines por año sin necesidad de saber griego, como de buena gana sin saber griego». Pero finalmente su afecto por mí venció su disgusto por el estudio, y me permitió emprender un viaje para descubrir la tierra del conocimiento».

«Siento el mayor deleite de verte; pero dime cómo dejaste a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth».

«Muy bien y muy felices, sólo un poco inquietos, ya que raras veces tienen noticias tuyas. En su momento yo mismo me propongo aleccionarte un poco a propósito de eso. Pero, mi querido Frankenstein —continuó, interrumpiéndose bruscamente y dirigiendo una mirada franca a mi rostro—, no había observado qué enfermo pareces; tan delgado y pálido; tienes cara de no haber cerrado un ojo en varias noches».

«Has adivinado bien; últimamente estuve tan absorbido por una tarea que no me he concedido suficiente descanso, como puedes ver: pero espero, y lo espero sinceramente, que todos estos afanes hayan concluido definitivamente».

Un temblor excesivo me sacudía; no soportaba pensar en los sucesos de la noche precedente y mucho menos aludir a ellos. Caminaba con paso rápido y pronto llegamos a mi colegio. Luego reflexioné —y

el pensamiento me hizo estremecer— en que la criatura que yo dejaré en mi departamento todavía podía encontrarse allí, recorriendo el lugar. Sentía horror de contemplar ese monstruo; pero aún más temía que Henry pudiese verlo. Le pedí, pues, que permaneciera unos instantes al pie de la escalera y me precipité hacia mis cuartos. Tenía la mano ya en el picaporte cuando me dominé. Entonces me detuve; y un temblor frío me recorrió el cuerpo. Abrí la puerta violentamente, al modo de los niños cuando esperan ver un fantasma esperándolos del otro lado; pero no apareció nada. Entré temerosamente; el departamento estaba vacío; y también mi dormitorio estaba libre de su horroroso huésped. Casi no pude creer que suerte tan grande me hubiese favorecido; pero cuando me aseguré de que mi enemigo realmente había huido, palmoteé de alegría y bajé corriendo para buscar a Clerval.

Subimos a mi cuarto, y el criado al poco tiempo nos trajo el desayuno; pero fui incapaz de controlarme. No era sólo alegría lo que me embargaba; sentía que la carne se me crispaba con un exceso de sensibilidad, y el pulso me latía velozmente. No podía quedarme quieto un momento en el mismo lugar; saltaba sobre las sillas, batía palmas y reía a mandíbula batiente. Al principio, Clerval atribuyó mis inusitadas manifestaciones a la alegría que me causaba su llegada; pero cuando me observó más atentamente, vio una luz salvaje en mis ojos que no podía explicarse; y mi risa fuerte, desenfrenada y sin calor lo asustaba y sorprendía.

«Mi querido Víctor —exclamó—, por Dios, ¿qué te pasa? Vamos, no te rías de ese modo. ¡Qué enfermo estás! ¿Qué está pasando aquí?»

»No me preguntes —exclamé, llevándome las manos a los ojos, pues me pareció que había visto al temido espectro desliarse en la habitación— él podría explicártelo: ¡Oh, sálvame! Imaginé que el monstruo se apoderaba de mí; luché furiosamente, y caí al suelo en un paroxismo.

¡Pobre Clerval! ¿Qué habrá sentido en ese momento? Un encuentro que había anticipado con tanta alegría, ¿se convertía de manera tan extraña en motivo de amargura? Pero no presencié su dolor; pues había perdido el sentido, y no lo recuperé durante mucho tiempo.

Este fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me redujo a confinamiento varios meses. Durante todo ese período Henry fue la única persona que me atendió. Supe después que, conociendo la edad avanzada de mi padre, y la imposibilidad de que realizara un viaje tan largo, y el abatimiento que mi enfermedad provocaría en Elizabeth, les ahorró ese sufrimiento disimulando la gravedad de mi dolencia. Sabía que yo no hubiera podido tener un cuidador más bondadoso y atento que él mismo; y confiando firmemente en mi recuperación, no dudó de que, lejos de perjudicarme, realizaba el acto más bondadoso que era posible hacia ellos.

Pero en realidad yo estaba muy enfermo; y es indudable que sólo las atenciones ilimitadas e incansables de mi amigo podían devolverme a la vida. La forma del monstruo que yo había creado se dibujaba constantemente ante mis ojos, y deliraba sin descanso hablando de él. Es indudable que mis palabras sorprendieron a Henry: al principio creyó que eran fruto de los extravíos de mi imaginación

perturbada; pero la tenacidad con que retornaba constantemente al mismo tema, le persuadió de que en verdad mi desorden se originaba en un hecho extraño y terrible.

Muy lentamente, y con recaídas frecuentes que alarmaban y dolían a mi amigo, logré sanar. Recuerdo la primera vez que pude observar con cierto sentimiento de placer los objetos exteriores; advertí que las hojas caídas habían desaparecido, y que los árboles que daban sombra a mi ventana habían comenzado a brotar nuevamente. Era una primavera maravillosa; y la estación contribuyó mucho a mi convalecencia. Sentí también que en mi pecho nacían sentimientos de alegría y de afecto; desapareció mi depresión, y poco después recuperé la alegría que había experimentado antes de que me atacase aquella pasión fatal.

«Querido Clerval —exclamé—, cuán bondadoso y amable fuiste conmigo. Todo este invierno, en lugar de consagrarlo al estudio, como te habías prometido, lo pasaste en mi cuarto de enfermo. ¿Cómo podré pagarte jamás lo que hiciste? Experimento el más profundo remordimiento por la decepción que he provocado en ti, pero confío en que sabrás perdonarme». «Me consideraré perfectamente pagado si no sufres una recaída, y te recuperas con la mayor rapidez posible; y como pareces tan animado, quisiera pedirte permiso para abordar cierto tema».

Comencé a temblar. ¡Cierta tema! ¿Qué podía ser? ¿Acaso aludía a cierta cuestión en la que yo ni siquiera me atrevía a pensar?

«Domínate —dijo Clerval, que observó cómo me demudaba—. No mencionaré el asunto, si ello tanto te agita; pero tu padre y tu prima se sentirían muy felices si recibiesen una carta de tu puño y letra. Apenas conocen la gravedad de tu dolencia, y están inquietos ante tu prolongado silencio».

«¿Eso es todo, mi querido Henry? ¡Cómo podías suponer que mis primeros pensamientos no serían para esos amigos tan queridos a quienes amo, y que tanto merecen mi cariño!»

«Amigo mío, si esta es tu disposición actual, quizá te alegre leer una carta que espera aquí desde hace varios días; creo que ha sido escrita por tu prima».

Capítulo 15

»Tal era la historia de mis amados vecinos. Me impresionó profundamente, y los conceptos de la vida social que ella desarrollada me enseñaron a admirar sus virtudes y a repudiar los vicios de la humanidad.

»En ese momento todavía consideraba el crimen como una perversidad distante; la benevolencia y la generosidad se me manifestaban constantemente, incitando el deseo de ser protagonista en el atareado escenario donde se evocaban y manifestaban tan admirables cualidades. Pero al ofrecer una reseña del progreso de mi intelecto; no debo omitir una circunstancia que ocurrió a principios del mes de agosto del mismo año.

»Una noche, durante mi acostumbrada visita al bosque vecino, donde recogía mi propio alimento y la leña que reservaba para mis protectores, hallé en el suelo una valija de cuero, que incluía varios artículos de vestir y algunos libros. Me posesioné ansiosamente del hallazgo, y con él retorné a mi refugio. Felizmente, los libros estaban escritos en el mismo idioma que se hablaba en la casa; Eran el Paraíso Perdido, un volumen de las Vidas de Plutarco, y los Dolores de Werther. La posesión de estas riquezas me complació profundamente; y en adelante ejercité constantemente mi espíritu en esas obras, mientras mis amigos se ocupaban de sus actividades habituales.

»Apenas puede describirse el efecto de estos libros. Suscitaron en mí una infinidad de imágenes y sentimientos nuevos, que a veces me elevaban en éxtasis, pero más a menudo me hundían en la más atroz depresión. En los Dolores de Werther, además del interés del relato sencillo y conmovedor, la obra aporta tantas opiniones y arroja una luz tan viva sobre temas que hasta ese momento habían sido muy oscuros para mí, que hallé en ellas una fuente inagotable de reflexión y sorpresa. Las costumbres gentiles y domésticas que en ellas se describen, combinadas con los sentimientos más elevados y trascendentes, armonizaron bien con la experiencia que yo había realizado en la cercanía de mis protectores, y con las permanentes necesidades que alentaban en mi propio pecho. Pero se me ocurrió que el propio Werther era un ser más divino que todo lo que jamás había visto o imaginado; su carácter no era pretencioso, pero sí profundo. Las reflexiones sobre la muerte y el suicidio tenían que maravillarme. No pretendí hacer balance de los méritos del caso, pero de todos modos me inclinaba hacia las opiniones del héroe, frente a cuya muerte lloré, aunque no lo entendiese con cabal exactitud.

»Pero a medida que leía, aplicaba muchas cosas a mis propios sentimientos y a mi condición. Me parecía que yo era semejante, pero al mismo tiempo extrañamente distinto a los seres de los cuales leía, y cuya conversación escuchaba. Simpatizaba con ellos, y en parte los comprendía, pero mi mente carecía de forma; yo no dependía de nadie y con nadie estaba vinculado. El camino de mi partida estaba libre, y no existía ningún ser que lamentara mi destrucción. Mi persona era repugnante y gigantesca mi estatura. ¿Qué significaba todo esto? ¿Quién era, qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se repetían constantemente, pero yo no podía resolverlas.

»El volumen de las Vidas de Plutarco que había llegado a mis manos contenía una historia de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro produjo en mí un efecto distinto que el de los Dolores de Werther. Las imaginaciones de Werther me enseñaron la tristeza y el pesar: pero Plutarco me inculcó elevados pensamientos. Me exaltó sobre la mezquina esfera de mis propias reflexiones, induciéndome a admirar y amar a los héroes de antaño. Muchas de las cosas que leí sobrepasaban mi comprensión y mi experiencia. Poseía un conocimiento muy confuso de los reinos, que para mí eran amplias extensiones de territorio, grandes ríos y mares ilimitados. Pero desconocía del todo la existencia de las ciudades, y los grandes agrupamientos de hombres. La choza de mis protectores había sido la única escuela en la cual yo había estudiado la naturaleza humana; pero este libro me ofrecía nuevos y más amplios escenarios de acción. Supe que había hombres que se ocupaban de los asuntos públicos, gobernando o masacrando a sus semejantes. Sentí que se acentuaba en mí el más intenso ardor virtuoso; y el aborrecimiento del vicio, en la medida en que comprendía el significado de esos

términos, relativos en sí mismos, y en que los aplicaba exclusivamente al placer y el dolor. Inducido por estos sentimientos, es natural que me viese llevado a admirar a los legisladores pacíficos como Numa, Solón y Licurgo, antes que a Rómulo o a Teseo. La vida patriarcal de mis protectores determinaba que estas impresiones arraigasen firmemente en mi espíritu; quizá, si mi primer contacto con la humanidad se hubiese realizado por intermedio de un joven soldado, ardiente de gloria y de matanza, mis primeras sensaciones hubieran sido distintas.

»Pero el Paraíso Perdido excitó emociones nuevas y mucho más profundas. Lo leí, lo mismo que los restantes volúmenes que habían caído en mis manos, como una historia auténtica. Suscitó todos los sentimientos de maravilla y reverente temor que la imagen de un Dios omnipotente en lucha con sus criaturas podía excitar. A menudo refería las situaciones generales a las mías propias, pues su semejanza me llamaba la atención. Como Adán, aparentemente yo no estaba atado por ningún vínculo a otros seres reales; pero en todo lo demás, su estado era muy distinto del mío. Había nacido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, protegida por los cuidados especiales de su Creador; podía mantener relación con seres de naturaleza superior, y obtener de ellos algún conocimiento. Por el contrario, yo era un individuo infeliz, impotente y solitario. Muchas veces pensé que Satán era un emblema más apropiado de mi condición; pues a menudo, lo mismo que él, cuando contemplaba la felicidad de mis protectores, la hiel amarga de la envidia se elevaba en mí.

»Otra circunstancia acentuó y afirmó estos sentimientos. Poco después de mi llegada a la choza, descubrí algunos papeles en el bolsillo del traje que había tomado de tu laboratorio. Al principio los había descuidado; pero ahora que podía descifrar los caracteres en que estaban escritos, comencé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses anteriores al momento de mi creación. En esos papeles describías minuciosamente cada uno de los pasos que dabas en el progreso de tu trabajo; y esta historia se entremezclaba con noticias de ciertos hechos domésticos. Sin duda recuerdas esos papeles. Aquí están. En ellos se menciona todo lo que guarda relación con mi origen maldito; se describe con todo detalle esa serie de repugnantes circunstancias; y se ofrece con el más minucioso detalle una descripción de mi odiosa y asquerosa persona, en un lenguaje que pinta tu propio horror e hizo indeleble el mío. Mientras leía estas páginas se apoderaba de mí una oleada de asco. «¡Odioso día aquel en que recibí la vida!» exclamé con un sentimiento de agonía. ¡Maldito creador! ¿Por qué hiciste un monstruo tan repugnante que tú mismo debiste apartarte disgustado? Dios, que es compasivo, hizo al hombre bello y seductor, a su propia imagen; pero mi forma no es más que una inmundicia copia de la tuya, más horrible aún por su mismo parecido. Satán tenía a sus compañeros, los diablos, que lo admiraban y alentaban; pero yo estoy solo y todos me aborrecen.

»Tales fueron las reflexiones de mis horas de tristeza y soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de mis vecinos, y sus disposiciones cordiales y benévolas, me persuadía de que tan pronto conociesen la admiración que despertaban en mí sus virtudes, se compadecerían de mi persona, e ignorarían mi deformidad personal. ¿Podían rechazar de su puerta a quien, por monstruoso que fuese, solicitaba su compasión y amistad? Resolví que por lo menos no debía desesperar, y que debía tratar de prepararme una entrevista que decidiría mi destino. Postergué este intento varios meses; pues la importancia que

atribuía a su éxito acentuaba mi temor al fracaso. Además, comprobé que mi comprensión mejoraba mucho a medida que pasaban los días, de modo que no estaba dispuesto a realizar el intento hasta haber agregado a mi sagacidad unos pocos meses más.

»Entretanto, ocurrieron varios cambios en la casa. La presencia de Safie era motivo de felicidad para sus habitantes; y observé también que ahora había más abundancia; Félix y Agatha dedicaban mas tiempo al entretenimiento y la conversación, y en sus trabajos tenían la ayuda de varios servidores. No parecían ricos, pero sí satisfechos y felices; sus sentimientos eran serenos y pacíficos, al paso que los míos se mostraban cada día más tumultuosos. El aumento de mi propio conocimiento sólo me sirvió para percibir más claramente que nunca mi condición de infeliz proscrito. Es verdad que alentaba esperanzas; pero estas se desvanecían cuando contemplaba mi rostro reflejado en el agua, o mi sombra a la luz de la luna, aunque no se tratase más que de esa frágil imagen y de esa sombra inconstante.

»Traté de disipar esos temores, y de fortificarme para la prueba que pensaba afrontar pocos meses después; y a veces dejaba que mis pensamientos liberados del freno de la razón, vagasen a su antojo por los campos paradisiacos, y me atrevía a imaginar criaturas amables y cordiales que simpatizaban con mis sentimientos, y disipaban mi humor sombrío; entonces, sus expresiones angélicas derramaban sonrisas de consuelo. Pero no era más que un sueño; no había una Eva que calmase mis dolores o compartiese mis pensamientos; estaba solo. Recordé la súplica de Adán a su Creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado: y en la amargura de mi corazón, lo maldije.

»Así pasó el otoño. Con sorpresa y dolor vi que las hojas amarilleaban y caían, y que la naturaleza adoptaba otra vez la apariencia estéril y sombría que había tenido cuando por primera vez contemplé los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no me preocupaba la crudeza del tiempo; gracias a mi conformación podía soportar el frío mejor que el calor. Pero obtenía mis principales placeres de la visión de las flores, las aves y todos los demás alegres acompañantes del verano; de modo que cuando me faltaban, presté más atención a los habitantes de la casa. La ausencia del verano no disminuyó su felicidad. Se amaban y simpatizaban unos con otros; y como sus alegrías dependían de ellos mismos, no estaban interrumpidas por las desgracias que ocurrían alrededor de ellos. Más los conocía, y más se avivaba en mí el deseo de reclamar su protección y su bondad; mi corazón anhelaba ser conocido y amado por estas amistosas criaturas: y el límite más alto de mi ambición era contemplar sus dulces miradas vueltas hacia mí con afecto. No me atrevía a pensar en que se apartarían de mi persona con desdén y horror. Los pobres que se detenían a la puerta de aquella casa jamás eran rechazados. Es verdad que yo reclamaba tesoros mayores que un poco de alimento o de descanso: necesitaba bondad y simpatía; pero no me creía totalmente indigno de ellas.

»Avanzó el invierno, y desde el día de mi despertar a la vida había asistido a una revolución completa de las estaciones. En ese momento mi atención estaba dirigida exclusivamente hacia el plan que me permitiría entrar en la casa de mis protectores. Cavilé muchos proyectos, pero finalmente decidí que llamaría a aquella puerta cuando el anciano ciego estuviese solo. Poseía sagacidad suficiente para descubrir que la fealdad antinatural de mi persona era principal objeto de horror para quienes me

habían visto hasta ese momento. Mi voz era dura, pero en ella no había nada terrible; por consiguiente pensé que si durante la ausencia de sus hijos podía conquistar la buena voluntad y la mediación del anciano De Lacey quizás eligiese lo necesario para que mis protectores más jóvenes me toleraran.

»Cierta día, cuando el sol iluminaba las hojas rojizas que alfombraban el suelo, difundiendo claridad y alegría, aunque ya aportase escaso calor, Safie, Agatha y Félix partieron para realizar un largo paseo; y por su propio deseo el anciano quedó solo en la casa. Cuando sus hijos partieron, él tomó la guitarra y tocó varios aires dolidos pero dulces, mas dulces y sombríos que todo lo que yo había oído tocar antes. Al principio su rostro se iluminó de placer, pero a medida que continuaba predominaron la cavilación y la tristeza; finalmente, dejando el instrumento, se absorbió en sus reflexiones.

»Mi corazón latió aceleradamente; era la hora y el momento de la prueba, la que decidiría mis esperanzas o realizaría mis temores. Los criados se habían marchado a una feria vecina. En la casa y alrededor de ella todo estaba silencioso. Era una excelente oportunidad; pero cuando procedí a ejecutar mi plan, las piernas se negaron a obedecerme, y caí al suelo. Me incorporé nuevamente; y apelando a toda la voluntad de que era capaz, quité las tablas que había puesto a la entrada de mi refugio, para disimularlo de la vista. El aire fresco me reanimó, y con renovada decisión me acerqué a la puerta de la casa.

»Di varios golpes. ‘¿Quién está allí?’, dijo el anciano. ‘Adelante’.

»Entré en la casa; ‘Perdóneme esta intrusión’, dije: ‘soy un viajero que necesita descansar un poco; usted me haría un gran favor si me dejase estar unos minutos al lado del fuego’.

»‘Entre’, dijo De Lacey; ‘y haré lo posible para aliviar su necesidad; lamentablemente mis hijos han salido, y como soy ciego, me temo que no me será nada fácil procurarle alimento’.

»‘No se inquiete, bondadoso anfitrión, tengo alimento; mis únicas necesidades son un poco de calor y descanso’.

»Me senté, y reinó silencio. Sabía que cada minuto me era precioso, y pese a todo vacilaba acerca del modo de iniciar la entrevista; de pronto el anciano me habló.

»‘Por su idioma, supongo que usted es un compatriota; ¿es francés?’.

»‘No; pero me educó una familia francesa, y es el único idioma que entiendo. Ahora voy a reclamar la protección de algunos amigos, a quienes amo sinceramente, y cuyo favor tengo esperanza de conquistar’.

»‘¿Son alemanes?’.

»‘No, son franceses. Pero dejemos este tema. Soy una criatura infortunada y sola, miro alrededor de mí y no tengo parientes ni amigos en la tierra. Estas buenas personas hacia quienes me dirijo nunca me

vieron, y poco saben de mí. Estoy lleno de temor; pues si fracaso en esto, podré considerarme definitivamente proscrito’.

»‘No desespere. Carecer de amigos ciertamente es lamentable; pero los corazones de los hombres, cuando no los ata el prejuicio de un evidente interés personal, abundan en amor fraterno y caridad. Así, pues, afírmese en sus esperanzas; y si esos amigos son buenos y cordiales, no desespere’.

»‘Son bondadosos... son las criaturas más excelentes del mundo; pero lamentablemente alimentan cierta antipatía contra mí. Tengo buenas disposiciones; en el curso de mi vida no hice daño a nadie, y tengo en mi haber algunos actos benéficos; pero un prejuicio fatal les impide ver con claridad, y donde deberían encontrar un amigo sensible y bondadoso, creen hallar sólo un monstruo detestable’.

»‘Sin duda, se trata de una situación desgraciada, pero si en realidad usted carece de culpa, ¿no puede sacarlos de su engaño?’

»‘Me propongo hacerlo; y precisamente por eso experimento un miedo tan abrumador. Amo tiernamente a esos amigos. Sin que ellos lo supieran, durante muchos meses he procurado favorecerlos con actos cotidianos de bondad; pero creen que deseo lastimarlos y este prejuicio es el que deseo destruir’.

»‘¿Dónde residen sus amigos?’

»‘Cerca de aquí’.

»El anciano se interrumpió, y luego continuó: ‘Si usted me confía sin reservas los detalles del caso, quizá pueda ayudarle a sacarlo de su error. Soy ciego, y no puedo juzgar basándome en su continente, pero en sus palabras hay algo que me persuade de su sinceridad’.

»‘Soy pobre y estoy exilado; pero me complacerá mucho ser útil a una criatura humana’.

»‘¡Hombre excelente! Le agradezco y acepto su generosa oferta’.

»‘Sus palabras tan bondadosas me elevan desde el polvo en que he caído; y confío en que con su ayuda no tendré que renunciar a la sociedad y la simpatía de mis semejantes’.

»‘¡Dios no lo permita! Pues aunque usted fuese realmente un criminal, con ello sólo se conseguiría impulsarlo a la desesperación en lugar de moverlo a la virtud. También yo soy infortunado; mis familiares y yo hemos sido condenados, a pesar de nuestra inocencia: juzgue, pues, si no tomo a pecho sus infortunios’.

»‘¿Cómo agradecerle, mi buen benefactor? De sus labios he oído la voz de la bondad dirigida hacia mí. Le manifestaré eterno agradecimiento; y su actual humanidad me asegura el éxito en los tratos con esos amigos a quienes dentro de poco veré’.

»‘¿Puedo conocer los nombres y el lugar donde residen?’.

»Guardé silencio. Pensé que era el momento decisivo, que había de darme la felicidad o me la quitaría para siempre. Luché vanamente para hallar la firmeza que me permitiese contestarle, pero el esfuerzo disipó mis últimas energías; y hundido en la silla, sollocé incontinentemente. En ese momento oí los pasos de mis protectores más jóvenes. No tenía un momento que perder; y apoderándome de la mano del anciano exclamé: ‘¡Ahora es el momento! ¡Sálveme! Usted y su familia son los amigos que yo busco. ¡No me abandone en esta hora de prueba!’.

»‘¡Dios mío!’, exclamó el anciano. ‘¿Quién es usted?’

»En ese instante se abrió la puerta de la casa, y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Quién puede describir el horror y la consternación que experimentaron al verme? Agatha se desmayó; y Safie, incapaz de asistir a su amiga, huyó fuera de la vivienda. Félix se arrojó hacia delante, y con fuerza sobrenatural me apartó del padre, ante quien yo estaba arrodillado. Movidó por la furia, me arrojó al suelo y golpeó violentamente con un bastón. Podía haberlo destrozado, como el león desgarró al antílope. Pero mi amargura me quitó toda la fuerza y me abstuve. Lo vi dispuesto a repetir el golpe, y entonces, dominado por el dolor y la angustia abandoné la casa, y en el tumulto general escapé hacia mi refugio.”

Capítulo 17

El ser dejó de hablar, y fijó sus ojos en mí, ansioso de una respuesta. Pero yo me sentía desconcertado, perplejo e incapaz de organizar mis ideas en la medida necesaria para comprender la verdadera trascendencia de su propuesta. Continuó hablando:

«Debes crear una mujer para mí, una persona con la cual pueda vivir intercambiando las simpatías necesarias para mi ser. Sólo tú puedes hacerlo; y te lo reclamo como un derecho que no puedes rehusarme».

La última parte de su relato había encendido nuevamente en mí la cólera extinguida mientras él narraba la vida pacífica que había llevado entre los habitantes de la casa de campo; y cuando dijo esto último, me fue imposible contener la cólera que ardía en mi fuero íntimo.

«Me niego —repliqué— y ni las torturas me obligarán a consentir. Puedes hacer de mí el más desdichado de los hombres, pero nunca me convertirás en un ser vil a mis propios ojos. Si errara otro individuo como tú, ¡reunidos serían capaces de asolar el mundo! ¡Vete! Ya te he dado mi respuesta; puedes torturarme, pero jamás consentiré».

«Estás equivocado —replicó el malvado—; y en lugar de amenazar, me limitaré a razonar contigo. Soy malvado porque me siento desdichado. ¿Acaso no me esquivo y odia toda la humanidad? Tú, mi creador, serías capaz de destrozarme, y te gozarías en ello; recuérdalo, y dime: ¿por qué he de compadecer al hombre más de lo que él se compadece de mí? No hablarías de asesinato si pudieras precipitarme en uno de esos desfiladeros, y destruir mi cuerpo, que es obra de tus propias manos. ¿Debo respetar al hombre que me condena? Déjame que viva con él intercambiando actos de bondad; y en lugar de herirle, le concederé todos los beneficios, y, además, derramaré lágrimas de gratitud si las

acepta. Pero eso no puede ser; los sentimientos humanos son obstáculos insuperables que se oponen a dicha unión. De todos modos, no me someteré a una actitud de abyecta esclavitud. Vengaré mis ofensas: si no puedo inspirar amor, provocaré miedo; y procuraré lograrlo principalmente en ti, mi archienemigo, a quien, porque eres mi creador, juro odio inextinguible. Cuídate: trabajaré en tu destrucción, y no he de terminar hasta que haya arrasado tu corazón, de modo que maldigas la hora en que naciste».

Una cólera maligna le animaba mientras decía estas palabras; su rostro estaba deformado en contorsiones demasiado horribles para ser vistas por ojos humanos; pero poco después se calmó, y continuó hablando...

«Me propuse razonar. Esta pasión me hace daño; y en verdad, no reflexionas en que tú eres la causa de dicho exceso. Si un ser cualquiera experimentase emociones benévolas hacia mí, las devolvería centuplicadas cien veces; ¡por el bien de esa criatura, podría hacer las paces con toda la especie! Pero ahora estoy incurriendo en sueños de felicidad que son imposibles. Esto que te pido es razonable y justo; reclamo una criatura de otro sexo, pero tan horrible como yo mismo; la satisfacción es pequeña, pero es todo lo que puedo recibir, y me bastará. Es cierto que seremos monstruos, separados del resto del mundo; pero por esa misma razón viviremos más unidos. Nuestra vida no será feliz, pero sí inofensiva, y libre de los padecimientos que ahora sufro. ¡Oh! ¡Mi creador!, ¡Hazme feliz; déjame sentir gratitud hacia ti siquiera sea por un beneficio! Déjame ver que excito la simpatía por lo menos de un ser; ¡no rechaces mi solicitud!»

Me sentía conmovido. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de mi consentimiento; pero también entreví que en la argumentación de aquel ser había cierto grado de justicia. Su relato, y los sentimientos que ahora expresaba, demostraba que era una criatura de delicados sentimientos; y puesto que yo lo había creado, ¿no le debía siquiera esa parte de felicidad que estaba en mi poder conceder? Advirtió el cambio de mis sentimientos y continuó:

«Si consientes, ni tú ni otro ser humano volverá a vernos: marcharé a las vastas extensiones salvajes de América del Sur. Mi alimento no es el mismo del hombre; no destruyo al cordero ni al cabrito para satisfacer mi apetito; bellotas y bayas me aportan nutrición suficiente; mi compañera tendrá la misma naturaleza, y se contentará con el mismo destino. Haremos nuestro lecho con hojas secas; el sol brillará sobre nosotros como sobre el hombre, y madurará nuestro alimento. La imagen que aquí te expongo es pacífica y humana, y debes comprender que sólo podrás negarte movido por el capricho del poder y la crueldad. Aunque fuiste implacable conmigo, ahora veo la compasión en tus ojos; déjame aprovechar el momento favorable para persuadirte de que prometas lo que deseo tan ardientemente».

«Propones —reliqué— huir de los lugares donde reside el hombre, habitar las extensiones desiertas donde las bestias del campo serán tus únicos compañeros. ¿Cómo es posible que tú, que tanto anhelas el amor y la simpatía del hombre perseveres en ese exilio? Volverás, y nuevamente buscarás la bondad de los seres humanos, y otra vez podrás comprobar que te detestan; se renovarán tus malas pasiones, y

entonces tendrás una compañera, que te ayude en la tarea de destrucción. Eso no puede ser: cesa en tus argumentos, pues no puedo consentir».

«¡Cuán inconstantes son tus sentimientos! Hace un momento te conmovieron mis palabras; ¿por qué ahora endureces nuevamente tu corazón frente a mis quejas? Por la tierra que habito y por ti mismo que me hiciste, te juro que con la compañera que me des abandonaré la vecindad del hombre, e iré a residir en los sitios más agrestes. ¡Mis malas pasiones se habrán desvanecido, pues habré encontrado la simpatía que busco! Mi vida discurrirá serenamente, y al momento de morir no maldeciré a mi creador».

Sus palabras me produjeron extraño efecto. Le compadecía, y a veces experimentaba el deseo de consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía la horrible masa que se movía y hablaba, mi corazón desfallecía, y mis sentimientos se trocaban en otros de terror y odio. Traté de ahogar esas sensaciones; pensé que, como no podía simpatizar con él, no tenía derecho de privarle de la pequeña parte de felicidad que aún podía concederle.

«Juras —dije— ser inofensivo; ¿pero no has demostrado ya un grado de malicia que razonablemente debe moverme a desconfiar de ti? ¿Quizá no es esto más que una ficción que ensancha tu triunfo permitiendo a tu venganza un ámbito más amplio?»

«¿Qué significa esto? No quiero que juegues conmigo: y exijo una respuesta. Si carezco de vínculos y de afectos, el odio y el vicio serán mi destino; el amor de otro destruirá la causa de mis crímenes, y me convertiré en un ser de cuya existencia nadie tendrá noticia. Mis vicios son los hijos de una soledad forzada que aborrezco; e inevitablemente se manifestarán mis virtudes cuando pueda comulgar con un igual. Sentiré los afectos propios de un ser sensible, y me vincularé con la cadena de la existencia y los acontecimientos, de la cual ahora estoy excluido».

Me detuve un momento para reflexionar en todo lo que me había relatado, y en los diversos argumentos que había utilizado. Pensé en la promesa de virtudes que manifestara al comienzo de su existencia y cómo después todos sus buenos sentimientos habían sido sofocados por el repudio y el desdén que sus protectores le demostraron. Su poder y sus amenazas no estaban excluidos de mis cálculos: una criatura que podía existir en las cavernas de hielo de los glaciares, y burlar la persecución entre los riscos de inaccesibles precipicios era un ser dotado de facultades con las cuales era vano luchar. Después de prolongada pausa consagrada a la reflexión decidí que la justicia que él y mis semejantes merecían imponía satisfacer su pedido. De modo que me volví hacia él y dije:

«Consiento en tu demanda, bajo solemne juramento de que saldrás para siempre de Europa, y de todos los demás lugares habitados por el hombre, apenas te entregue una mujer que te acompañe en el exilio».

«Juro —exclamó— por el sol, por el cielo azul, y por el fuego de amor que arde en mi corazón, que si concedes mi pedido, mientras ellos existan no volverán a verme. Parte para tu hogar, y comienza tu

trabajo: vigilaré tus progresos con inenarrable ansiedad; y no temas, cuando estés dispuesto yo apareceré».

Dicho esto, me dejó bruscamente, quizá temeroso de que cambiase de opinión. Lo vi descender la montaña con velocidad mayor que el vuelo de un águila, y perderse rápidamente entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su relato había ocupado el día entero, y cuando partió el sol se acercaba al horizonte. Comprendí que debía apresurar mi descenso hacia el valle, pues pronto me hallaría rodeado de sombras; pero me sentía deprimido, y mis pasos eran lentos. La tarea de recorrer los estrechos senderos de la montaña, fijando firmemente los pies a medida que avanzaba, me pareció desconcertante, agobiado como estaba por las emociones originadas en los hechos del día. Era bien entrada la noche cuando llegué al refugio situado a mitad de camino, y me senté al lado de la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos, cubiertas a veces por las nubes; los oscuros pinos se alzaban ante mí, y aquí y allá yacía en el suelo un árbol destruido: era una escena de maravillosa solemnidad, y suscitaba extraños pensamientos en mí. Sollocé amargamente; y cerrando las manos con desesperación exclamé: «¡Oh! Aquí se han citado las estrellas, las nubes y los vientos para hacer burla de mí: si realmente me compadecieran, desterrarían sensaciones y recuerdos; me hundirían en la nada; pero si no se cuidan de mí, que partan, que huyan, dejándome en las sombras».

Eran pensamientos desesperados y miserables; pero no puedo describir cómo el pestañeo eterno de las estrellas me agobiaba, y cómo oía cada golpe de viento como si se tratase del sofocante y atroz siroco destinado a consumirme.

Rompió la mañana antes de que yo llegase a la aldea de Chamounix; no me di descanso, y retorné inmediatamente a Ginebra. Ni siquiera, en mi propio corazón podía expresar las sensaciones que me aquejaban... pesaban sobre mí como una montaña, y su mismo exceso amortiguaba el sufrimiento. Así regresé a mi hogar, y al entrar en la casa me presenté a la familia. Mi apariencia macilenta y espectral provocó intensa alarma; pero no respondí a las preguntas, y apenas hablé. Me sentía como puesto bajo un decreto de destierro —como si no tuviese derecho a reclamar la simpatía de aquellos seres— como si nunca más pudiese gozar de la compañía que ellos me dispensaban. A pesar de todo, los amaba hasta la adoración; y para salvarlos, resolví consagrarme a la tarea que más aborrecía. La perspectiva de esta ocupación hizo que todas las demás circunstancias de la existencia pasaran ante mis ojos como un sueño; y que ese único pensamiento representase para mí la realidad de la vida.

La culpa en *Frankenstein*: ¿el creador, la criatura o ambos?

La novela *Frankenstein o el moderno Prometeo* de Mary Shelley plantea uno de los dilemas éticos más complejos de la literatura: la atribución de culpa frente a los actos violentos cometidos por la Criatura. A lo largo del relato, el lector se enfrenta a una pregunta central: ¿es el monstruo responsable de sus

crímenes o recae la verdadera culpa en Victor Frankenstein, su creador? Lejos de ofrecer una respuesta definitiva, la obra construye un conflicto moral en el que ambas figuras pueden ser consideradas culpables desde distintas perspectivas.

Desde una primera mirada, la responsabilidad parece recaer principalmente en Victor Frankenstein. Él es quien decide crear vida movido por la ambición y el deseo de gloria científica, sin considerar las consecuencias éticas de su experimento. Una vez que la Criatura cobra vida, Victor la abandona inmediatamente, negándose a asumir cualquier deber como creador. Este abandono inicial marca profundamente el desarrollo del monstruo. La Criatura nace sin guía, sin afecto y sin comprensión del mundo, lo que la deja expuesta al rechazo y a la violencia. Desde esta perspectiva, los crímenes posteriores pueden entenderse como el resultado de una negligencia moral grave por parte de Victor.

Esta interpretación se refuerza cuando la Criatura relata su historia. En su testimonio, afirma que originalmente era bondadosa y que deseaba convivir pacíficamente con los humanos. Solo después de experimentar reiterados actos de rechazo y humillación comienza a sentir odio. En este sentido, la violencia aparece como una respuesta aprendida, no como una inclinación natural. La culpa, entonces, podría atribuirse a quien creó un ser sensible y luego lo dejó a su suerte, sin enseñarle límites morales ni ofrecerle contención.

Sin embargo, existe otra perspectiva igualmente relevante que señala la responsabilidad de la Criatura. A medida que avanza la novela, el monstruo demuestra poseer una inteligencia desarrollada, capacidad de reflexión y conciencia moral. Aprende a distinguir entre el bien y el mal y comprende claramente el daño que causan sus acciones. Cuando decide vengarse de Victor, no actúa por impulso, sino de forma planificada y deliberada. Elige castigar a su creador a través del sufrimiento de personas inocentes, lo que implica una elección consciente de la violencia.

Desde esta mirada, el sufrimiento vivido no justifica los crímenes cometidos. Aunque el abandono explica el origen de su resentimiento, no elimina su libertad para decidir. La Criatura tiene momentos en los que actúa con bondad, como cuando ayuda en secreto a una familia campesina, lo que demuestra que es capaz de elegir el bien. Por lo tanto, su decisión de optar por la venganza puede considerarse moralmente reprochable.

Existe también una interpretación intermedia que distribuye la culpa entre ambos personajes. Victor Frankenstein es responsable de haber creado vida sin asumir las consecuencias de su acto, mientras que la Criatura es responsable de cómo decide enfrentar su sufrimiento. Desde esta perspectiva, la tragedia surge de una cadena de errores éticos: la ambición irresponsable del creador y la elección violenta de la criatura. Ninguno de los dos es completamente inocente, y ambos contribuyen al desenlace trágico de la historia.

Finalmente, Mary Shelley parece invitar al lector a reflexionar más que a juzgar. La novela no presenta villanos absolutos, sino personajes profundamente humanos, marcados por la soledad, el miedo y el deseo de reconocimiento. Al dejar abierta la pregunta sobre la culpa, *Frankenstein* obliga a cuestionar

hasta qué punto las circunstancias determinan nuestras acciones y cuánto espacio queda para la responsabilidad individual.

En conclusión, la culpabilidad en *Frankenstein* no puede atribuirse de manera exclusiva ni a Victor ni a la Criatura. La obra construye un conflicto ético complejo en el que ambas figuras son responsables desde distintos ángulos. Precisamente en esta ambigüedad reside la vigencia de la novela: en su capacidad para generar debate sobre la responsabilidad, la libertad y las consecuencias de nuestros actos.